

tabaco delante de sus padres.¹ A seguida de esto, les hablan con cierto entono, y por último, aunque estén necesitados, no los socorren.

Cuanto á lo primero, esto es, cuanto al respeto y la veneración, nunca quedan los hijos eximidos de ella, sea cual fuere el estado en que se hallen colocados, ó la dignidad en que estén puestos. Siempre los padres son padres, y los hijos son hijos, y en éstos, lejos de vituperarse, se alaba el respeto que manifiestan á aquéllos. Casado y rey era Salomón, y bajó del trono para recibir con la mayor sumisión á su madre Betsabé; lo mismo hizo Bonifacio VIII con la suya, y hace todo buen hijo, sin que estas humillaciones les hayan acarreado otra cosa que gloria, bendiciones y alabanzas.

Por lo que toca al socorro que deben impartirles en sus necesidades, aún es más estrecha la obligación. No se excusa la mujer, teniéndolo, con decir: «Mi marido no me lo da;» pedirselo, que si él fué buen hijo, él lo dará; y si no lo diere, economizarlo del gasto y del lujo; pero que haya para galas, bailes y otras extravagancias y no haya para socorrer á la madre, es cosa que escan-

¹ El fumar no es malo, es un vicio de los tolerables, y aunque él por sí es muchas veces pernicioso á la salud y gravoso á la bolsa, ya la costumbre lo tiene favorecido; pero ¿el chupar delante de los padres? Tampoco es malo; es tan licito como delante de los que no lo son. Ningún padre se escandalizará si ve que su hijo toma polvos en su presencia; mas con todo eso, la misma costumbre que sufre que se tome tabaco aun en la iglesia, por las narices, no lo tolera por la boca, ni delante de los padres y superiores. Ello es una preocupación, pero pasadera, y con la que probamos nuestro respeto á algunas personas y lugares.

daliza; bien que apenas cabe en el juicio que haya tales hijas.

Más frecuentemente se ve esto en los hombres, que luego dicen: — ¡Oh! yo socorriera á mis padres; pero soy un pobre, tengo mujer é hijos á quienes mantener, y no me alcanza.— ¡Hola! Pues tampoco esa es disculpa justa. Consulten á los teólogos, y verán cómo están en obligación de partir el pan que tengan con sus padres; y aún hay quien diga¹ que en caso de igual necesidad, bajo de culpa grave, primero se ha de socorrer á los padres que á los hijos.

No favorecer á los padres en un caso extremo, es como matarlos. Delito tan cruel, que asombrados de su enormidad los antiguos, señalaron por pena condigna á quien lo cometiera, el que lo encerraran dentro de un cuero de toro, para que muriera sofocado, y que de este modo lo arrojaran á la mar, para que su cadáver ni aun hallara descanso en el sepulcro.

¿Pues cuántos cueros se necesitarán para enfardelar á tantos hijos ingratos como escandalizan al mundo con sus vilezas y ruindades? En aquel tiempo yo no me hubiera quedado sin el mío; porque, no sólo no socorrí á mi madre, sino que le disipé lo poco que mi padre le dejó para su socorro.

¡Qué caso! De las cinco reglas que me enseñaron

¹ Santo Tomás.

en la escuela, unas se me olvidaron enteramente con la muerte de mi padre, y en otras me ejercité completamente. Luego que se acabaron los medicillos y se vendieron las alhajitas de mi madre, se me olvidó el *sumar*, porque no tenía qué: *multiplicar* nunca supe; pero *medio partir* y *partir por entero*, entre mis amigos, y las amigas mías y de ellos, todo lo que llegaba á mis manos, lo aprendí perfectamente; por eso se acabó tan pronto el principalito; y no bastó, sino que siempre quedaba *restando* á mis acreedores, y sacaba esta cuenta de memoria: quien debe á uno cuatro, á otro seis y á otro tres, etc., y no les paga, les debe. Eso sabía yo bien: deber, destruir, aniquilar, endrogar y no pagar á nadie de esta vida; y éstas son las cuentas que saben los perdidos de *pe á pa*. Sumar no saben, porque no tienen qué; multiplicar tampoco, porque todo lo disipan; pero restar á quien se descuida y partir lo poco que adquieren con otros haraganes petardistas que llaman sus amigos, eso sí saben como el mejor, sin necesitar las reglas de aritmética para nada. Así lo hice yo.

En estas y las otras, no quedó en casa un peso ni cosa que lo valiera. Hoy se vendía un cubierto; mañana otro; pasado mañana un nicho; otro día un ropero; hasta que se concluyó con todos los muebles y menaje. Después se siguió con toda la ropita de mi madre, de la que en breve dieron cuenta en el Montepío

y en las tiendas, pues como no había para sacarla, todas las prendas se perdieron en una bicoca.

Es verdad que no todo lo gasté yo; algo se consumió entre mi madre y nana Felipa. Éramos como aquel loco de quien refiere el padre Almeida¹ que había dado en la tontera de que era la Santísima Trinidad, y un día le preguntó uno ¿que cómo podía ser eso andando tan despilfarrado y lleno de andrajos? A lo que el loco contestó: *¿qué quiere usted? si somos tres al romper*. Así sucedía en casa, que éramos tres al comer y ninguno al buscar. Bien, que cuando hubo, yo gastaba y tiraba por treinta; y así á mí sólo se me debe echar la culpa del total desbarato de mi casa.

La pobre de mi madre se cansaba en persuadirme solicitara yo algún destino para ayudarnos; pero yo en nada menos pensaba. Lo uno, porque me agradaba más la libertad que el trabajo, como buen perdido, si acaso hay perdidos que sean buenos; y lo otro, porque ¿qué destino había de hallar que fuera compatible con mi inutilidad y vanidad que fundaba en mi nobleza y en mi retumbante título hueco de bachiller en artes, que para mí montaba tanto como el de conde ó marqués?

Al pie de la letra se cumplió la predicción de mi padre; y mi madre, entonces, á pesar de su cariño, que

¹ Recreac. filos., tom. IV, tarde 19.

nunca le faltó hacia mí, conoció cuánto había errado en oponerse á que yo aprendiese algún oficio.

El saber hacer alguna cosa útil con las manos, quiero decir, el saber algún arte ya mecánico, ya liberal, jamás es vituperable, ni se opone á los principios nobles, ni á los estudios ni carreras ilustres que éstos proporcionan; antes suele haber ocasiones donde no vale al hombre ni la nobleza más ilustre, ni el haber tenido muchas riquezas, y entonces le aprovechan infinito las habilidades que sabe ejercitar por sí mismo.

La deshonra, dice un autor que escribió casi á fines del siglo pasado,¹ la deshonra ha de nacer de la ociosidad ó de los delitos; no de las profesiones. Todos los individuos del cuerpo político deben reputarse en esta parte hijos de una familia.

¿Qué hubiera sido de Dionisio, rey de Sicilia, cuando habiendo perdido el reino y andando prófugo é incógnito por sus tiranías, no hubiera tenido alguna habilidad para mantenerse? Hubiera perecido seguramente en las garras de la mendicidad, ya que no en las manos de sus enemigos; pero sabía leer y escribir, bien sin duda, pues emprendió ser maestro de escuela, y con este ejercicio se mantuvo algún tiempo.

¿Qué suerte hubiera corrido Arístipo, si cuando

¹ El Licenciado don Francisco Xavier Peñaranda en su *Sistema económico y político más conveniente á España*.

aportó á la isla de Rodas, habiendo perdido en un naufragio todas sus riquezas, no hubiera tenido otro arbitrio con qué sostenerse por sí mismo? Hubiera perecido; pero era un excelente geómetra, y conocida su habilidad, le hicieron tan buen acogimiento los isleños, que no extrañó ni su patria ni sus riquezas; y en prueba de esto les escribió á sus paisanos estas memorables razones: *Dad á vuestros hijos tales riquezas que no las pierdan, aun cuando salgan desnudos de un naufragio.* ¡Qué bien tocaba este consejo á muchas madres y á muchos noblecitos!

Si uno de nuestros abogados, teólogos y canonistas, arribara náufrago á Pekín ó Constantinopla, ¿hallara qué comer con su profesión? No; porque en esas capitales ni reina nuestra religión, ni rigen nuestras leyes; y así, si no sabía coser una camisa, tejer un jubón, hacer unos zapatos ó cosa semejante con sus manos, sus conclusiones, argumentos, sistemas y erudición le servirían tanto para subsistir, como á un médico sus aforismos en una isla desierta é inhabitable.

Esta es una verdad; pero por desgracia el abuso que contra ella se comete es casi general en los ricos y en los que se tienen por de la sangre azul.

Dije *casi*, y dije una bobera: sin casi. Es abuso generalísimo, y tanto, que está apadrinado por la vieja y grosera preocupación de *que los oficios envilecen al*

que los ejercita, y de este error se sigue otro más maldito, y es aquel desprecio con que se ve y se trata á los pobres oficiales mecánicos. Fulano es hombre de bien, pero es sastre; citano es de buena cuna, pero es barbero; mengano es virtuoso, pero es zapatero. ¡Oh! ¿Quién le ha de dar el lado? ¿Quién lo ha de sentar á su mesa? ¿Ni quién lo ha de tratar con distinción ni aprecio? Sus cualidades personales lo recomiendan, pero su oficio lo abate.

Así se explican muchos á quienes yo diría: señores, ¿si no tuvierais riquezas ni otro modo de subsistir sino de hacer zapatos, coser chaquetas, aparejar sombreros, etc., no es verdad que entonces renegaríais de los ricos que os trataran con la necia vanidad con que ahora tratáis vosotros á los menestrales y artesanos? Eslo sin duda.

Y si por un caso imposible, aun siendo ricos, si un día se conjuraran contra vosotros todos éstos, y no os quisieran servir á pesar de vuestro dinero, ¿no andaríais descalzos? Sí, porque no sabéis hacer zapatos. ¿No andaríais desnudos y muertos de hambre? Sí, porque no sabéis hacer nada para vestiros, ni cultivar la tierra para alimentaros con sus frutos.

Conque si en la realidad sois unos inútiles, por más que desempeñéis en el mundo el papel de los actores de aquella comedia titulada *Los hijos de la fortuna*,

¿por qué son esas altiveces, esos dengues y esos desprecios con aquellos mismos que habéis menester y de quienes depende vuestra brillante suerte? ¹ Si lo hacéis porque son pobres los que se ejercitan en estos oficios para subsistir, sois unos tiranos, pues sólo por ser pobres miráis con altivez á los que os sirven, y quizá á los que os dan de comer; ² y si solamente lo hacéis así ó los tratáis con este modo orgulloso, porque viven de su trabajo, á más de tiranos, sois unos necios; y si no, pregunto: vosotros ¿de qué vivís? Tú, minero; tú, hacendero; tú, comerciante; te murieras de hambre y perecieras entre la indigencia si Juan no trabajara tu mina, si Pedro no cultivara tus campos y si Antonio no consumiera tus géneros, todos á costa del sudor de sus rostros, mientras tú, hecho un holgazán, acaso, acaso no sirves sino de escándalo y peso á la república.

Así hablara yo á los ricos soberbios y tontos, ³ al mismo tiempo que á vosotros, oh pobres honrados, ⁴ os alentara á sufrir sus improperios y baldones, á resignaros en la Divina Providencia y á continuar en vuestros afanes honradamente, satisfechos de que no hay oficio

¹ Es constante que los pobres son feudatarios de los ricos y los que aumentan sus riquezas.

² Los miserables jornaleros que cultivan las haciendas, los operarios que trabajan las minas y los artífices que labran los tejidos, etc., dan de comer y sostienen el lujo de los ricos.

³ Con éstos se habla.

⁴ A éstos se dirige el apóstrofe, no á los pobres viciosos, pues á éstos, si los ultrajan por su mala conducta, bien se lo merecen. Ser pícaro á más de pobre es gran desgracia.